

Alejado de la bulla capitalina, el poeta y fotógrafo se vale hoy de la escritura como un estoico mecanismo de supervivencia. De vez en cuando viene a Santiago y, a salvo de las urgencias locales, camina por Ñuñoa con la calma del pasajero en tránsito. Pero al rato da media vuelta y retorna a su imperioso retiro de Concón.

**Claudio Bertoni:**

# “Estar solo en Chile es heavy”

en mí vinculada con la temperatura, con el amor. No sólo con el sexo, porque los hombres no somos perros y entonces no podemos tener sexo a secas. La emoción está metida inevitablemente. Yo siempre me enamoro. Yo todos los días veo alguna mujer que me encantaría tocar o abrazar o tener al otro lado de la mesa, pero no se puede no más.

**¿Te gustaría haber hecho una vida más convencional?**

He pensado mucho en cómo hice mi vida y no sé si es increíble o pésimo. Me refiero a estar solo y eso. Estoy rodeado de hombres que putean todo el tiempo porque están casados y por toda esa rutina. Sócrates dijo que si te casas te vas a arrepentir y si no te casas también. No estoy hablando del matrimonio, sino de la pareja, del hijo, de la cuestión estable. En los años de la Tribu No, me acuerdo que nosotros teníamos súper clara esa cuestión de cambiar de vida. Ahí sí que vade retro al matrimonio. O sea, el living con la mesita al medio y toda esa cosa... Olvídalo.

**¿Crees que hay mucha aprensión con los solos?**

Mucha. Es que si no eres monje, si no tienes a Dios y estás solo y sobre todo si estás solo en Chile... Porque es distinto si uno hubiera nacido en Japón o en El Tíbet y hubiera tenido una cultura como ésa. Pero aquí es muy heavy. Estar solo en Chile es heavy.


**En los años 60 tú circulabas en un espacio mucho más colectivo. ¿Por qué te retiraste?**

Mi cambio fue cuando volví de Europa, en 1976. Me acuerdo que en Bandera con Huérfanos, donde ahora hay una sede del BCI, había una feria del libro y ahí encontré un ejemplar de “La vida silenciosa”, de Thomas Merton. Era un libro técnico acerca de la experiencia monástica, y a mí me encantó. Por primera vez vi la materialización de una vida solitaria. Yo estudié en un colegio de curas y para mí el Dios de la religión no existe; dejé de creer en él hace mucho tiempo. Pero el rollo de la vida silenciosa me hizo mucho sentido. Piensa que cuando llegué de Europa acá estaba la zorra. Pero me vine a Concón, no a Santiago.

**De Europa a Concón: tremendo cambio.**

Es que yo me he cambiado de piezas, nada más. Una pieza en París, otra pieza en Londres: puras piezas. Cuando el papá de la Cecilia nos fue a visitar a Inglaterra, un año y medio después de instalados, nos dijo ¿vamos a Picadilly Circus? Yo no tenía idea que estábamos a diez minutos de ahí. No habíamos ido jamás. En la noche solíamos ir a un restaurante chino que nos daba las sobras. Me acuerdo que comíamos una hamburguesa a la semana y olvidate la fiesta. Comprábamos la damaged fruit, que es la fruta dañada, o el pan de ayer. Si ahora comiera así me daría una diarrea que no pararía más. Era una precariedad brutal.

**En la Tribu No había un rechazo súper fuerte hacia el medio artístico oficial. ¿Cómo es hoy tu relación con ese medio?**

Es que para mí no tiene peso, como que no existe. Porque estoy tan lejos. Existen Letonia, Luxemburgo, Rumania... Quiero decir que es algo que no me interesa. Tengo la misma visión de antes, pero es como la realidad. Estoy viviendo una historia que no pedí, no soy contemporáneo de Julio César, sino del hijo de puta del Pinocho y ¡qué huevada! O sea, noto que yo no soy de ahí. 

**POR ALEJANDRA COSTAMAGNA**

Es un viernes de invierno en Plaza Ñuñoa y afuera del restaurante Las Lanzas un grupo de mujeres grita en favor del Alcalde Pedro Sabat: “¡Baby Vamp cochina!”, “¡No queremos piluchas!”. Las manifestantes se refieren a la reciente polémica ocurrida entre la colegiala desnudada por Luizo Vega y la máxima autoridad de Ñuñoa. Adentro del restaurante, el escritor y artista plástico Claudio Bertoni, autor de libros como “El cansador intrabajable”, “Sentado en la cuneta” o “Ni yo” tiene sobre la mesa el borrador de su próximo poemario, “Jóvenes buenas mozas” (editorial Cuarto Propio), y antes de hablar de su poesía, escucha con desconcierto el eco de la protesta. “El otro día vi en la tele a esa lolita preciosa paseándose en pelotas por Santiago y al alcalde hecho un energúmeno”, comenta. “Qué vergüenza, qué asco, qué manera de mostrar la hilacha el tipo. Es increíble”.

Claudio Bertoni, uno de los integrantes del disuelto colectivo de arte Tribu No, que en la década de los 60 sacudió la escena artística local, vive retirado en Concón desde 1976. Hace tres años sufrió una crisis de pánico que lo tuvo muy cerca del infierno y por unos días debió alejarse de la escritura y de la lectura. Hoy, sin embargo, tiene kilos de hojas escritas, decenas de cassetes grabados con disquisiciones y soliloquios internos y múltiples versos repartidos entre su retiro costero y la casa de su padre en Ñuñoa. “En los últimos años he escrito para aliviarme”, justifica su tenacidad. Las mujeres, la calle, la enfermedad, el dolor y la muerte son en esta temporada sus principales ejes creativos.

**¿Cómo es tu relación con la muerte?**

Tengo un rollo enorme. Tiene que ver con lo que me pasó en la cabeza hace tres años. En mí se produjo una exacerbación brutal de nuestra precariedad como especie. Fue una empatía superior con el dolor de los demás. O sea, no podía ver mendigos en la calle porque me ponía a llorar. Me mimitaba con todo. Así no se puede vivir, porque si no hay venas la sangre se desparrama. Si las líneas de Macbeth, por ejemplo, se te meten en la sangre, la situación es muy grave.

**Pero hablas en pasado de esto. ¿O todavía no?**

Creo que siempre he sido un poco así, pero la pelada de cable fue un extremo. Me da un poquito de miedo hablar de esto porque es como prender una chispa que puede convertirse fácilmente en hoguera. El resumen de lo que me pasó es que existe algo que yo desconocía y que hubiera preferido no conocer nunca. Pero ahora sé que existe y es atroz. Hay un libro de Fernando Pessoa que se llama “El libro del des-

asosiego” y ahí, en el aforismo 363, creo, dice justo lo que me pasó. Ese ejemplar me lo trajo una sobrina de España los mismos días de mi crisis. Fue increíble. Todavía no puedo releerlo, y creo que no lo voy a poder leer nunca más. Tampoco podría leer a Alejandra Pizarnick ni a Artaud ni nada semejante.

**Alguna vez dijiste que habías dejado de leer a Cioran también.**

A Cioran lo leí mucho y de repente me di cuenta que era lo único que leía y entonces lo dejé. Pero yo soy muy distinto de Cioran. Yo soy un tipo suave. Él, en cambio, siempre le anda queriendo partir la cara a todo el mundo. Cioran es un escéptico, pero tiene también una cosa vital. Por eso mismo no se mató, a pesar de hablar tanto sobre el suicidio.

**Tú tradujiste a Bukowski, un tipo que también anda con ganas de partirse la cara a todo el mundo. ¿Cuál es tu enganche con él?**

Bukowski está mucho más en la calle que Cioran. Es un ebrio de verdad, un tipo que duerme en las plazas, hecho polvo, mucho más reventado. Bukowski está en la dura.

Para mí hay como una especie de admiración y de empatía terribles, a pesar de que casi nunca he tomado alcohol ni fumo pitos siquiera. Esa es una parte de mí que no hice, como tantas más.

**¿Ahora has vuelto a leer?**

Sí, pero estoy leyendo menos.

Además tengo cuidado con las lecturas para los demás. Una vez, en el año 68, un amigo me pidió que le recomendara un libro y yo agarré un cuaderno y le llené en diez minutos cuatro páginas de libros. Hace poco mi sobrina me pidió lo mismo y me quedé paralizado. Porque hay millones de libros que jamás le recomendaría a mis sobrinos.

**¿Como cuáles?**

No quiero hablar de eso. Pero todos los románticos, los surrealistas, los gallos que hablan con liviandad sobre la locura... No hay nada más delicado que el alma y encuentro que hay que tener mucho cuidado, que es muy irresponsable. Es súper peligroso.

**A estas alturas, ¿puedes identificar el eje de tus angustias?**

El núcleo de mis angustias es súper simple: yo tengo la mala cueva de que soy muy extremo.

**¿Cómo extremo?**

Con dos extremos muy opuestos. Yo vivo una vida frugal, nunca me ha atraído el lujo y desde el punto de vista material necesito poquísimo. Pienso, como San Juan de la Cruz, que para tener todo hay que tener nada. Pero está la otra parte

**“El resumen de lo que me pasó es que existe algo que yo desconocía y que hubiera preferido no conocer nunca. Pero ahora sé que existe y es atroz”**